

Bibliografía

Isabelle Vonèche Cardia. *L'Octobre hongrois: entre croix rouge et drapeau rouge. L'action du Comité international de la Croix-Rouge en 1956*, Bruselas, Éditions Bruylant, 1996, XVI + 183 pp.

La historia del CICR, objeto de cuidadoso estudio hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, permanece, a partir de esa época, más fragmentada y con algunas lagunas; es decir, que todo el período de la guerra fría, que planteó obstáculos considerables, a veces insuperables, a la acción del CICR, y, al mismo tiempo, le ofreció un marco para una expansión sin precedentes de sus actividades, aún no ha sido suficientemente estudiado. Por su presentación de la operación emprendida con motivo de los dramáticos acontecimientos que conmocionaron a Hungría en 1956, la obra de Isabelle Vonèche Cardia aporta una contribución importante a la historia del CICR durante la época de la guerra fría. Esta acción, una de las raras ocasiones en las que se autorizó al Comité a intervenir directamente en el bloque del Este, pone de relieve los problemas que planteaban la incompatibilidad del cometido de la Cruz Roja con la ideología comunista, el hecho de penetrar en un medio muy influido por la propaganda e, incluso, las difíciles relaciones con una Unión Soviética sumamente recelosa en relación con todo lo que llegaba de Occidente. La excepcionalidad de esta operación se debe igualmente a la envergadura de los socorros que se distribuyeron en una época en la que, de la postguerra a finales de la década de los sesenta, el CICR tropezaba, en general, con muchas dificultades para reunir fondos. La rápida respuesta que dieron los donantes demuestra la importancia de esa acción humanitaria, única manera que tenía Occidente de apoyar a los insurrectos húngaros.

Gracias a una notable investigación histórica, basada en las fuentes y los documentos de archivo, «*L'Octobre hongrois: entre croix rouge et drapeau rouge*» permite reconstituir esa operación y hacernos revivir, con todo detalle, los problemas, desde la perspectiva de los delegados y los miembros del Comité, las opciones que se planteaban, y las gestiones que se emprendieron. La autora comienza por situar nuevamente esa acción en el apremiante marco que imponían al CICR, por una parte, sus tensas

relaciones con la Unión Soviética y, por otra parte, las relaciones que mantenía esta gran potencia con Hungría. A continuación, describe la operación siguiendo un plan en el que se distinguen tres períodos, divididos según la forma que adoptó la presencia del CICR en Hungría y sus diferentes tipos de actividades. Esta presentación conlleva una contradicción fundamental: aunque el Kremlin había adoptado una actitud de rechazo y de desconfianza total para con el CICR, aceptó sus socorros y, por consiguiente, su presencia en Hungría. Sin embargo, esta aprobación quedó muy limitada, dado que no se autorizó a la Institución ejercer sus actividades tradicionales de protección.

Respondiendo rápidamente al llamamiento que le hizo la Cruz Roja Húngara desde los primeros días de los disturbios en Budapest, y aprovechando la inmediata llegada masiva de socorros a Viena, el CICR estuvo rápidamente en condiciones de enviar y distribuir en Hungría una ayuda considerable. Aunque las fronteras se cerraron tras la segunda intervención soviética, recibió autorización para proseguir su acción en cuanto se restableció la situación. Las gestiones del CICR en materia de protección, difíciles al comienzo por razón de la confusión que reinaba a nivel de los órganos dirigentes del partido, chocaron con un muro cuando trató de dirigirse a las autoridades que acababan de asumir el poder. Sin embargo, había obtenido algunos resultados positivos en relación con los insurrectos, que autorizaron a los delegados las visitas a sus detenidos civiles y aceptaron de buen grado sus iniciativas. Esta disparidad da cuenta probablemente de las expectativas fundamentalmente opuestas en relación con el CICR que tenían los actores implicados, ya que los insurrectos necesitaban de la legitimidad y el apoyo internacionales que les podía aportar la asistencia occidental.

Tras restablecer el orden los tanques soviéticos (aunque seguía siendo precaria la situación económica y social del país), la acción del CICR se organizó de forma que pudiera responder a las necesidades de la población civil. Mostrándose muy firme en cuanto a sus principios, la Institución obtuvo que se garantizara el estricto humanitarismo de su operación. Por lo que respecta al desarrollo de la misma, y aunque la autora dice que «las autoridades húngaras no dificultaron la acción del CICR» (p. 54), la lectura de su análisis da más bien la impresión de que se ejercía un progresivo, aunque inevitable, control de las actividades de la Institución por parte de las autoridades. Una vez que se volvieron a tomar las riendas de la Cruz Roja Húngara que quedó afiliada al poder (a partir de mayo de 1957), que se redujo la delegación del CICR en Budapest (a partir de junio de 1957) y que se restringieron sus medios de acción (se impidió el envío de socorros por carretera a partir de marzo de 1957; los visados fueron cada

vez más difíciles de obtener, etc.), el CICR se vio estrictamente confinado al papel de organización que proporciona socorros, papel del que los húngaros trataron de sacar el mayor provecho.

Al igual que en la primera fase, de noviembre de 1956 a octubre de 1957, el CICR no pudo desempeñar sus tareas de protección, tanto en favor de los detenidos políticos y de los deportados como de los ex miembros de la Cruz Roja Húngara y el personal sanitario (acusados de haber ayudado a los contrarrevolucionarios), ni incluso por lo que respecta a la muy politizada cuestión de la reunión de personas separadas. Al no recibir de las autoridades ninguna información sobre esta cuestión, renunció a adoptar una estrategia global a este respecto y optó por un enfoque pragmático según el cual se trataban los casos solamente sobre una base individual. El interés de *L'Octobre hongrois* es que no nos oculta ninguna de las críticas que hicieron algunos delegados a esa inflexible decisión de prudencia. El CICR se justificó diciendo que, a largo plazo, estaba pre-ocupado por granjearse la confianza de las autoridades soviéticas, a fin de poder continuar interviniendo en el bloque del Este y de que se le autorizase a desempeñar su cometido en una tercera guerra mundial, que se consideraba entonces muy probable. Ahora bien, esa estrategia parecía reeditar los errores de la Segunda Guerra Mundial ante opciones que se planteaban en términos análogos y el Comité era consciente de que se estaba exponiendo a los mismos reproches. Este debate, que no es objeto de un examen en esta obra, pone de relieve cómo una actitud similar adoptada en dos situaciones distintas puede ser objeto de un juicio diferente por parte de la comunidad internacional.

El último período estudiado comienza en junio de 1957 y se muestra, sobre todo, la constancia que evidenciaron los actores implicados: aunque el CICR continuaba desplegando sus actividades de asistencia con la esperanza de poder mantener a toda costa su presencia en Hungría, no se había logrado progreso alguno a nivel de la protección, a no ser algunas concesiones puramente anecdóticas. La autora explica las razones que indujeron al CICR a perseverar contra viento y marea, y a permanecer en Hungría. Sugiere que esa voluntad de granjearse la confianza de la URSS dio sus frutos con ocasión de la crisis de Cuba, puesto que esa gran potencia aceptó entonces sus servicios como intermediario neutral. En cambio, nos preguntamos si no habría sido posible intentar explicar más en detalle la ambigua actitud del Kremlin en relación con la Institución. Es verdad que se plantea aquí el problema del acceso a los archivos que hace esa interpretación difícil. Al menos, hubiera sido posible exponer algunas hipótesis que fueran más allá de la simple retórica comunista, hipótesis sugerida, por otra parte, en la propia obra. Por ejemplo, ¿fue por

razón de su deseo de controlar a la población que las autoridades húngaras habían aceptado esos socorros que, como otros autores ya han demostrado, particularmente con respecto a la Unión Soviética¹, pueden constituir un buen medio de dar a un Gobierno cierta legitimidad permitiéndole captar a la población y ejercer sobre ella un mayor control? Esta hipótesis parece tanto más plausible cuanto que los dirigentes soviéticos se encontraban precisamente en una fase en la que eran conscientes de la necesidad de responder, por poco que fuera, a las expectativas de la sociedad civil y garantizarle un cierto nivel de vida (era una de las ambiciones del «nuevo curso», la política de liberalización emprendida en 1953). Esta idea podría explicar que, tras haber podido el CICR, en cierto sentido, introducirse en el país, gracias a la confusión que reinaba en octubre de 1956, las nuevas autoridades aceptaron que prosiguiera su acción.

El interés de esta investigación, que tiene el mérito de interesarse por un ámbito poco conocido y poco familiar de la ayuda humanitaria, debe realizarse en más de un sentido. Bien documentado, escrito de forma vivaz, situando la acción del CICR en su contexto histórico, esta obra da cuenta, asimismo, de una faceta habitualmente oculta de la Institución: el proceso de decisión, las diversas sugerencias de los delegados o de los miembros del Comité, las alternativas previstas, las medidas finalmente tomadas, etc. Por ejemplo, es interesante conocer los numerosos caminos, a veces tortuosos, que se han imaginado y a veces intentado, para conseguir visitar a los detenidos. Así pues, esta obra, al mismo tiempo que se propone reconstituir a fondo una acción excepcional, aporta un enfoque más amplio de las actividades del CICR y puede interesar a todos los que deseen saber más acerca de la forma de actuar de esta Institución.

Simone Delorenzi

Facultad de Ciencias Sociales y Políticas
Universidad de Lausana

¹ Con ocasión de la situación de hambre de 1921-1922, el Gobierno bolchevique parece haberse dado cuenta rápidamente del interés que podía tener en recibir una asistencia occidental masiva que podría controlar de cerca. Véase Jean-Christophe Rufin, *Le piège humanitaire*, París, Jean-Claude Lattès, 1991, pp. 39-41.